

El perfume a vainilla de los magnolios invadía Harmony Street, pero el único olor que respiraba aquella chica era el del asqueroso canijo que la aplastaba contra una furgoneta de reparto.

— ¡Suéltame, pedazo de enfermo!

— Sí, estoy muy enfermo y necesito a alguien como tú para que me cuide.

La chica no podía creer lo que estaba oyendo. «¿Cómo pensaba salirse con la suya, a plena luz del día, ese turón alcohólico con camisa hawaiana del tamaño de Mickey Mouse?». Al norte se preparaba una tormenta, bajo una amenazadora capa malva, pero sobre Garden District un rayo de sol perforaba el cielo plumizo y caldeaba la blancura de las villas; por encima de los setos se escapaban retazos de música, voces de críos y de madres o niñeras.

— Vete a dormir la mona a otro lado o pongo en pie a todo el barrio.

Por la derecha se movió una sombra.

— Cariño, ¿tú te crees que en este barrio de ricachones alguien va a defenderte?

La chica se volvió hacia la voz. Ese hombre era mucho más grande que el otro, tendría unos cuarenta años y el aspecto de un ministro del diablo; vestía un traje arrugado, una camisa negra con un cuello blanco raído, como de predicador, y un chaleco en cuyos bolsillos llevaba metidos los pulgares. La chica recordó cómo su amigo Ronny machacó a un tipo que una vez quiso robarle la cazadora. Apuntó a la frente del turón, lanzó contra ella la cabeza, con todas sus fuerzas, y salió pitando, mientras veía un aluvión de estrellas.

— ¡Ezequiel! ¡Esa tipa me ha dado un cabezazo!

— Deja de lloriquear y vete a por ella. Yo traigo el coche y nos la llevamos.

Con el corazón a mil por hora, las piernas de la chica corrían por libre; percibía el olor de su propia sangre en la garganta encogida. De pronto, apareció una masa oscura y estuvo a punto de estrellarse contra ella. De la nada surgió un gigante, con cara de ogro y el pecho de un oso, armado con una herramienta que rugía.

El primer trueno estalló sobre el lago Pontchartrain.

«Se acabó — pensó —, puedo darle un cabezazo a un turón, pero a un oso con una motosierra, no. Garden District no es un barrio residencial elitista y seguro, es el último círculo del infierno y aquí impera la ley de un trío demoniaco».

El hombre oso fue a la carga y su aullido superó al de la motosierra. La chica sollozaba mientras el hombre se abalanzaba hacia ella. Pero empezó a perseguir al turón, que se largó a toda prisa hacia un descapotable destartalado. El predicador acababa de subirse al coche de un salto e intentaba arrancarlo. A lo lejos, zigzagueó un relámpago. El raquíptico se metió de cabeza en el coche, berreó, pataleó con un pantalón verdusco y luego se quedó quieto, acogotado, como un manojito de puerros. La motosierra despedazó un neumático. El predicador

intentó salir del coche, pero el plantígrado se adelantó, con los músculos en tensión, como una barrica a punto de estallar. La cadena de la sierra resquebrajó el grito inhumano del predicador.

—Dios, esto no es posible —logró articular la chica. Y ya lo único que vio fue la espalda del oso bamboleándose al ritmo de la motosierra. Solo oía el chillido de la cadena que se encarnizaba con un material demasiado blando para ser de este despiadado mundo.

Cuando terminó la carnicería, el hombre oso se volvió hacia ella, le guiñó un ojo y le preguntó si se encontraba bien. La chica vio que el predicador estaba vivo y había vomitado sobre su chaleco. Los asientos se habían convertido en unos jirones de cuero y el volante estaba partido. El gigante llamó a la policía desde un teléfono público y explicó que acababa de atrapar a dos «basuras» humanas en plena tentativa de violación, a un «perro enano» y a un «gran roedor».

—Me llamo Brad Arceneaux —dijo, después de colgar el teléfono—. ¿Y tú?

—Ingrid.

—Ingrid, ¿qué?

—Ingrid Diesel.

—No es un nombre cajún.

—Nací en California.

—¿Y vives en Nueva Orleans?

—Acabo de llegar con mis padres.

—Oye, aquí no pasa esto todos los días, ¿eh?

—Afortunadamente.

La primera gota de lluvia le cayó en el hombro, la segunda en la aleta de la nariz; la chica se las secó con la punta de los dedos y miró el cielo a punto de romper.

—Vamos a esperar a la poli a cubierto, aquí nos mojaremos —decidió Brad Arceneaux al tiempo que señalaba una

parada de autobús—. Y tú —se dirigió al predicador—, no muevas ni una pestaña o te convierto en carne picada. ¿Has entendido?

—Sin problema.

—Se dice «sí, señor», imbécil.

Ingrid se sentó en la marquesina junto a Brad. La motosierra estaba al ralentí, debajo del banco.

—¿Cuántos años tienes?

—Dentro de poco cumpliré quince.

—Esto no va a dejarte ningún trauma, ¿eh? Sería una pena.

—Lo intentaré.

—Y ¿a qué te dedicas? A estudiar, claro.

—Sí. ¿Y tú?

—Soy jardinero.

Las salvas se derramaron en trazos plateados sobre los tejados de las villas, la tejavana de la marquesina y el descapotable descuartizado. El predicador tenía el pelo chorreando, pegado a la cara, el traje brillaba como las plumas de una grajilla; las piernas del turón tiraban hacia el verde botella y el hombre oso sonreía, con la motosierra a sus pies gruñendo igual que un animal doméstico.

—Ni se te ocurra trabajar sin guantes. ¡Dónde se ha visto eso!

—Pero, Brad, tengo calor.

—Puedes coger el tétanos.

—Estoy vacunada.

—Ponte estos guantes ahora mismo.

Ingrid obedeció y siguió llenando la carretilla de las ramas que caían del roble que Brad estaba podando con su fiel motosierra. Cuando terminó, se secó la frente y miró Magnolia Hall. Era la casona más bonita y antigua que jamás hubiera visto.

Brad le había contado que el honorable Trevor Deschanes, un coronel con gusto y medios, pese a su despreciable oficio, dirigió la construcción de la casa en 1852. Las columnas dóricas y la blancura de las fachadas de ciprés, a las que rodeaban unos balcones de forja, destacaban maravillosamente en el entorno verde, que el jardinero cuidaba con todo su amor.

Por supuesto, un ejército de magnolios carnosos dominaba la situación y parecía que una divinidad de la naturaleza hubiera salpicado sobre el jardín una sustancia mágica, que hacía brotar en cada recoveco una fastuosidad generosa, aunque un poco loca, a la que había que contener, puesto que podía engullirlo todo. Las flores de color malva y blanco crema de las clemátides trepaban por entre las verjas altas y negras. Un aluvión de campanitas chinas y azaleas rodeaba a laureles robustos. Unas palmeras jalonaban un caudal de césped tupido, que bajaba hacia el estanque, bordeado de cipreses calvos, donde se abrían nenúfares, iris, jacintos y lirios de agua.

En los años setenta, Sherman Frazier había comprado la propiedad a un cardiólogo. Aquella fue la época en que su empresa, Frazier Realty, produjo beneficios históricos. Frazier empezó con una pequeña inmobiliaria y logró crear una de las mayores empresas de Nueva Orleans. En los últimos tiempos, no gozaba de muy buena salud y con cierta frecuencia delegaba la gestión de los negocios en su único hijo. Desde que murió Eleanor Frazier, la madre de Ben, padre e hijo compartían la enorme casona.

Brad y Ben se conocieron cuando Sherman solo era un simple empleado que vivía en el barrio obrero de Saint-Bernard y el padre de Brad, sargento en la comisaría del mismo barrio. Los chicos eran amigos de siempre, desde las primeras veces

que fueron de pesca al *bayou** hasta las últimas rondas por los garitos de jazz del French Quarter. Aunque Ben era diez veces más rico que Brad, para él era una cuestión de honor recomendar la pequeña empresa de su voluminoso amigo a sus clientes.

Desde que Brad le salvó la vida, Ingrid pasaba los fines de semana en Magnolia Hall, aprendiendo las leyes de la naturaleza y el canto de los papagayos.

—Vamos al Gigante a comer algo —dijo Brad, mientras se quitaba los guantes y los enganchaba en el cinturón.

Ingrid lo siguió sin rechistar. Había empezado a trabajar en el jardín muy temprano y estaba hambrienta. Abrió la mochila, donde guardaba una ensalada de patatas con eneldo, una tarta de calabaza que había hecho su madre y unas pocas cerezas.

El Gigante era un ciprés majestuoso, de edad más que respetable, invadido de musgo español. En sus ramas vivía una colonia de papagayos y, algunas veces, Brad. Cuando al jardinero le apetecía, trepaba con una agilidad sorprendente y se quedaba allí durante el tiempo que fuera. ¿Qué haría encaramado a una conífera legendaria? ¿Hablar con los pájaros, las nubes y los dioses de la naturaleza? Ingrid dejaba esa pregunta para los chismosos, ella tenía cosas mejores que hacer antes que interrogar a un hombre oso, tan libre como el aire saturado de fragancias o como el *maringoin* o el *ouaouaron***.

Dejaron la comida encima de un mantel resinado, bajo la poderosa sombra del Gigante. El ruido de las langostas parecía un trueno; Brad acertaba al llamarlas los diablos saltamontes.

* *Bayou* es un término geográfico que en Luisiana sirve para designar un cuerpo de agua formado por antiguos brazos y meandros del río Misisipi. (*N. de la T.*)

** Mosquito y rana en cajún. (*N. de la A.*)

Ingrid aceptó un huevo duro y Brad una ración de ensalada. Comieron sin hablar demasiado hasta que el ronroneo de un motor interrumpió la tranquilidad. Ingrid se limpió la camiseta, que tenía llena de ramitas.

—¿De qué te ríes?

—Aparece Ben y la señorita se pone guapa. ¡Ay, las chicas!

Y había motivos para sacudirse las ramitas y todas las imperfecciones del momento, había motivos para emocionarse, porque Ben Frazier se las arreglaba muy bien para poner patas arriba el sopor de la sobremesa y la tranquilidad de los parques y jardines. Tenía los ojos azules, el pelo muy oscuro y unos modales pulidos como una hoja de magnolio barnizada. Vestía traje sin parecer un notario viejo. Ese día llevaba uno de color gris oscuro con rayas claras y una camisa de un blanco resplandeciente. Se había librado de la corbata, que le sobresalía del bolsillo.

Ben se quitó la chaqueta, se sentó en la hierba y aceptó un trozo de tarta. Estuvo contándoles las tonterías de una clienta con la que había estado negociando durante horas porque a la mujer no le gustaba la piscina rectangular de una espléndida villa en Melrose Drive, ella la prefería en forma de alubia. Había ido a ver la villa con sus hijas y sus perros y dejó que los cuadrúpedos regaran la colección de bonsáis del propietario.

—Y al final ¿ha comprado? —preguntó Brad.

—Sí, y le he dicho que conozco a un excelente jardinero. El jardín le gustaba tan poco como la forma de la piscina, quiere arrancar los cipreses.

—Yo soy jardinero, no enterrador —respondió Brad, enfadado.

Ingrid observaba a Ben; no sabía mucho de hombres, pero percibía que este se esforzaba por parecer alegre; les había contado la historia de la clienta caprichosa para no fastidiarles

la comida al aire libre y amoldarse al ambiente, pero, a todas luces, habría preferido estar callado y contemplar el jardín. En realidad, era lo que estaba haciendo en ese momento.

Cuando Ben se marchó para volver al trabajo, Ingrid se armó de valor y le preguntó a Brad por qué su amigo no tenía novia. Brad guardó silencio y ella se arrepintió de haber hecho la pregunta.

— Me estoy metiendo donde nadie me llama, ¿verdad?

— No, no es eso... En realidad Ben tenía novia.

— ¿Tenía?

— Julia, Julia Clarke. Desapareció en enero y desde entonces sus padres están encima de la poli, pero nadie sabe nada. Y para mejorar las cosas, no se están portando bien con Ben. El padre de Julia dio a entender a los investigadores que Ben tenía algo que ver con la desaparición de su hija.

— ¡Eso es horrible!

— No, humano. Es el único modo que el viejo Clarke ha encontrado para no volverse loco. Y su mujer se ha enclaustrado en su casa. Creo que la chica de servicio ha ido cotorreando por ahí, porque la gente dice que parece un fantasma. El padre de Julia anda de un lado a otro sin parar, pero no consigue quitarse la angustia que le encoge el corazón. ¿Sabes?, esta ciudad es bonita, pero dura. Bueno, tú ya te diste cuenta.

Ingrid se fijó en un cuervo posado en una de las ramas bajas del Gigante. Enseguida, otro se unió a él y luego un tercero. Les atraían los restos de comida. El jardinero estaba absorto en sus pensamientos y no los vio. Ingrid guardó las sobras de comida en la mochila.

Brad sacó una foto de la cartera.

— Mira, esta es Julia.

Una chica guapa, regordeta, de mirada clara y larga melena rubia, posaba entre Ben y Brad. Los dos la cogían de la cintura. Ingrid le devolvió la foto. Brad se levantó y caminó hacia el estante. Ingrid tenía tantas preguntas en la cabeza como ramas en la carretilla, pero lo dejó en paz.

Cuando anocheció, Brad e Ingrid estaban contentos con su trabajo y llenos de tierra. Se ducharon por turnos en el baño de la planta baja. Tenían que adecentarse antes de entrar en la cocina inmaculada de Lucinda, la interina de los Frazier, para tomar un refresco. Brad encontró en la nevera una jarra de limonada casera. Bebieron un vaso mirando hacia los ventanales, abiertos, que daban a la escalinata. El Toyota de Ben estaba donde siempre y había un Coccinelle descapotable aparcado detrás. Brad e Ingrid oyeron voces. Ben y la otra persona iban subiendo el tono. Él mantenía la sangre fría, pero la mujer a duras penas se dominaba. A Ingrid le pareció que la chica tenía una voz ronca, como la de un crío en pleno cambio.

— ¡Te recuerdo que yo también soy una Frazier!

La vieron salir a la escalinata. La chica se había pasado con el maquillaje y conseguía aparentar una semana más de edad como mucho; parecía una niña disfrazada de mujer. Tenía una carita triangular que ocultaban unas gafas de sol enormes y un pelo afro de color caramelo; llevaba un vestido muy escotado, sandalias de plataforma y un bolso de lentejuelas, que resplandecía como un sol: con esos trucos no lograba disimular que apenas era más gruesa que un saltamontes. Ben apareció tranquilamente, con una mano en el bolsillo y un vaso, probablemente de whisky, en la otra.

— Lo que faltaba, esa pelmaza — masculló Brad.

La cría se acercó a Ben y le besó en la boca antes de que él pudiera evitarlo. Ben la empujó. Ella soltó algunos insultos, se subió al coche, se puso un cigarrillo en los labios y se inclinó hacia la guantera con una sonrisa nada angelical.

Brad se incorporó de un salto. La cría apuntaba a Ben con una pistola.

— ¡Charlize! ¡Suelta eso! — gritó Brad.

La joven sujetaba el arma con mano segura y Ben movía la cabeza, como reprochando esas chiquilladas.

— Tú, borrachuzo, cierra la boca — dijo la cría, a la vez que giraba la pistola hacia su propia cara.

El arma resultó ser un mechero. Charlize encendió el cigarrillo y el humo le ensombreció la cara; arrancó el coche, realizó un habilidoso giro de media vuelta y aceleró en dirección al portalón.

Ben leyó la pregunta que bailaba en los ojos de Ingrid.

— Charlize es mi hermanastra. Mi padre no me habló de ella hasta el año pasado, porque con mi madre en vida no habría podido reconocerla.

Por primera vez, Ingrid le notó amargura en la voz. Solo una pizca. Ben seguía siendo el hombre más atractivo del mundo, a pesar de que el aliento le oliera a whisky y de su melancolía. O quizá precisamente por eso.

— ¿Por qué estaba tan enfadada?

— Porque quiere entrar en el consejo de administración de Frazier Realty y yo le he dicho que antes de eso tiene que estudiar y que empezará por abajo.

— ¿Y qué piensa Sherman de eso? — preguntó Brad.

— A mi padre, desde que descubrió el golf, que le parece una práctica superior al zen, le importa todo un bledo. Y hablando de diversiones, ¿por qué no vamos mañana temprano a pescar al *bayou*? Ingrid, vente tú también si te apetece.

— ¡Ya era hora! —respondió Brad, al tiempo que daba una fuerte palmada a su amigo en la espalda—. ¡Pensaba que nunca volveríamos a pisar ese maldito *bayou*!

Ingrid siempre había considerado la pesca como la actividad más aburrida del mundo, a la par con bordar y la filatelia. Pero ir de pesca con Brad y Ben era algo muy distinto. Mientras regresaba a casa, no pudo dejar de dar vueltas al altercado. Brad jamás bebía nada más fuerte que una limonada. ¿Por qué esa cría le habría llamado borrachuzo? Justo antes de dormirse, imaginó que trepaba con su amigo jardinero por las ramas del Gigante, apartando las lianas de musgo español, y desafiaba a los papagayos, para atravesar el tul de nubes y abrazar el cielo; luego se inclinaba hacia la inmensidad esmeralda de Garden District. Magnolia Hall solo era un minúsculo hexaedro.

El vasito de vino blanco de Zaza le había dejado un gusto afrutado en la boca. Manu atravesaba silbando el portalón norte del parque Montsouris cuando vio pasar a una pareja haciendo *footing*. Pero ¿por qué andaba todo el mundo obsesionado con sudar como una foca y con el tamaño de su barriga? A él le gustaría que, a esas horas de la mañana, el parque fuera solo para él. Se animó, no iba a dejar que malos pensamientos le arruinaran un magnífico día. Los gorriones murmuraban en las tuyas, una urraca se hacía la interesante en una rama de un haya púrpura, el sistema de riego automático lanzaba chorros de agua cantarines por todas partes y una deliciosa fragancia húmeda flotaba en el aire. Manu tomó el sendero que bordeaba el RER; el aroma de los rosales que se abrían junto a las vallas protectoras de la línea lo invadía todo. Inspeccionó las yemas exultantes de salud del ginkgo biloba macho. Ese árbol era una maravilla, resistía todo: fríos tremendos, el exceso de lluvia, parásitos. Incluso se decía que esa especie había sobrevivido a Hiroshima y a la locura humana.

—Hola, Koizumi. ¿Qué tal, amigote? Sí, ya veo que estás en plena forma, como siempre.

A Manu no solo le gustaba charlar con los árboles, también tenía la costumbre de ponerles nombres relacionados con el mundo de la política. El hecho de que las focas deportistas y los curiosos de cualquier pelaje lo miraran con cara compungida cuando le sorprendían hablando solo no le molestaba en absoluto, al contrario.

Fue a echar un vistazo a Tony Blair. El manzano de Devon había pasado un mal invierno. Le miró las hojas. Tony había conocido tiempos mejores, pero no andaba mal de salud. El RER llegó a la estación con su ruido habitual y luego volvió a marcharse rechinando. El canto del Montsouris sonaba extraño. Solo se oían los pájaros y el ronroneo del tráfico de las calles cercanas, cuando tendría que oírse la canción más animada de las motosierras. Manu se dirigió con paso rápido hacia la zona de los castaños. De Gaulle necesitaba una poda en condiciones. Lo mismo que Mitterrand, Chirac, Pompidou, Giscard y los otros. No dirigió ni una sola mirada a las grotescas esculturas que afeaban su parque. El director general de Cultura había decidido infestar el parque de una jauría de esperpentos, que habían construido unos desaprensivos que se hacían llamar artistas pero que en realidad estaban más dotados para hacerse con las subvenciones que para alegrar al pueblo llano. Esos monstruos de ocasión, hechos con cualquier cosa, no asustaban a nadie, y mucho menos a los mirlos, que se reían de ellos en sus narices. Solo daban ganas de ir a ver si en otro parque la hierba crecía más verde.

Se sorprendió muchísimo cuando vio a Luisito y Jean-Christophe tirados en la hierba junto a la cascada. Un espantajo hecho con botes de conserva roñosos los miraba con pinta de idiota.

— ¡Todo el mundo arriba! Por si no lo sabéis, tenemos tajo y hay ramas que cortar.

— Estamos esperando a Bernard — contestó Jean-Christophe, con pinta de niño de primera comunión que se ha hecho grande de repente y le han pillado bebiendo el vino de misa.

— «Estamos esperando a Bernard» — se burló Manu—. ¿Y por qué?

— Porque no vamos a trabajar más que él — respondió Luisito, usando el tono de primo del jefe.

— Muy bien pensado. Y si, por casualidad, Bernard está enfermo, ¿os parece que los castaños van a acicalarse solos como los gatos?

— Vale, está bien, ya vamos.

Luisito era de verdad el primo de Blaise Macaire — y de vez en cuando se aprovechaba de ello —, pero, en el fondo, no era mal chico y tenía menos carácter que una endivia. Manu se quedó mirando cómo los dos tontorrones se ajustaban el arnés de seguridad para no caerse de lo alto de los castaños y luego se marchó hacia el cobertizo de las herramientas, mientras se preguntaba dónde estaría su compañero. No había que dejarse engañar por su tamaño de plantígrado, a Bernard no le asustaba el tajo y, aunque siempre hacía las tareas sin ponerse nervioso, rendía más que tres Luisitos juntos. O cuatro.

Absorto en sus pensamientos, Manu pasó por delante de Gandhi y Gorbachov sin dirigirles la palabra. La puerta del cobertizo estaba entreabierta y aceleró el paso. Alguien había forzado la cerradura. Vio un enorme cuerpo tumbado en el banco, escuchó un sonoro ronquido y se acercó a la persona dormida. Era Bernard rodeado de una peste a alcohol como para despertar a los habitantes de las catacumbas enterrados debajo del Montsouris. Manu le tocó el hombro, lo zarandeó, le dio unas bofetadas en la cara. Bernard roncó más fuerte. ¿Qué

ocurría? El oso nunca había hecho el vago. Siempre era el primero que metía el morro en los matorrales o que cogía la motosierra.

Manu salió del cobertizo y se vio las manos manchadas de rojo. Las olió. Aquello no era ni pintura ni abono. Volvió junto a Bernard y tardó bastante en ponerlo boca arriba. Tenía la cara tan llena de arañazos como si se hubiera cruzado con un gato de mal humor.

Le sobresaltó el grito estridente de una mujer.

Corrió hacia el tumulto. Cerca del gran Kennedy y del espantajo de tarros de yogur, armado con un tenedor, un grupo de deportistas rodeaba a Luisito y Jean-Christophe. Evidentemente, esos dos no iban a dejar escapar una ocasión para remolonear antes de ponerse a trabajar. No se veía a ningún guarda por los alrededores. Una de las focas deportistas consolaba a una chica en pantalón corto.

—Por Dios, ¿qué pasa? —gritó Manu, harto de ver a todo el mundo ensañándose con su magnífica mañana.

En ese momento se fijó en un zapato tirado junto a una secuoya *dendrum gigantum*.

Rodeó al gran Kennedy. La densa luz plastificaba el césped y una chica estaba tumbada sobre ese reflejo. Tenía el pelo negro azulado, una piel blanca como la harina, los labios malvas y la nariz y las orejas llenas de pendientes y *piercings*; vestía una camiseta con una calavera, llevaba pulseras de cuero con tachuelas y le faltaba un zapato. Manu pensó en un ataque epiléptico y que habría que volverle la cabeza hacia atrás rápidamente para que la joven no se tragara la lengua. Luego se dio cuenta de que su cerebro hacía un esfuerzo impresionante para convencerlo de que esa chica seguía viva. No le sostenían las piernas y se apoyó en el tenedor del estúpido espantajo. La muerta tenía los ojos vidriosos. Manu titubeó, luego le tocó el

antebrazo; estaba más rígido y frío que el metal. Volvió a unirse al grupo tambaleándose, pero con la cabeza bien alta.

—Manu, ¿qué hacemos? —dijo Jean-Christophe, con voz temblorosa.

—Vete a la garita de los guardas y diles que llamen a la pasma.

—Yo tengo aquí el móvil, puedo llamarlos —se ofreció uno de los corredores.

Manu intentaba pensar, pero el maldito vino blanco de Zaza no se lo ponía nada fácil.

—No, no, no nos vayamos por las ramas, es peligroso para razonar, hay que hacer las cosas según las reglas; los guardas son los representantes del orden, tenemos que pasar por ellos, es un rodeo obligatorio; si no la patata caliente nos caerá a los jardineros, y cuando una cosa así te cae encima lo hace desde tan alto que duele como una lluvia de planchas antiguas.

Manu dio unos pasos atrás como si nada y luego salió a todo correr hacia el cobertizo de las herramientas. Tenía un mal presentimiento. Mientras esperaba, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que Bernard se despertara: meterle la cabeza en un barreño de estiércol, obligarle a respirar una buena bocanada de amoniaco, pincharle con el rastrillo, y cuantas veces fueran necesarias.